

La inconcebible aventura del hombre que fue otro

Manou Fuentes

La inconcebible aventura del hombre que fue otro

Manou Fuentes

Traducción de Dánae Barral

A Patricia

1

Todo se marchita para alejarse del peligro, conservar lo que tenemos e ir tirando en paz.

Chateaubriand¹

La única singularidad que Édouard Pojulebe podía reivindicar en el transcurso de su existencia era el apellido que le había tocado. Excepto por este detalle, cuya importancia veremos a continuación, nada lo empujaba a salir de la banalidad. Un físico inocuo, una conducta discreta y el deseo de pasar inadvertido habían trazado de antemano su destino.

Durante sus primeros años escolares aún se pasaba lista en voz alta. Pojulebe había vivido muchas veces aquella experiencia y conocía bien la risa contagiosa que desencadenaba la simple lectura de su apellido: «Audibert... *presente*, Brettignier... *presente*, Chabrier... *presente*...». Cuando la lista llegaba a la letra pe, la pesadilla se hacía realidad una vez más: «Paturet... *presente*, Pelletier... *presente*... Pojulebe...». En cuanto se pronunciaba aquel nombre se desencadenaba la hilaridad en el aula. Los niños se volvían dándose codazos: «¿Pojulebe? ¿Quién es? ¿Quién es...?». Lo buscaban con la mirada y se partían de risa, lloraban de risa, hasta que el maestro, cansado del alboroto, ejercía su autoridad y, alzando la voz, mandaba callar a sus alumnos. Pojulebe nunca había entendido cuál era la gracia de su apellido. Lo que sí sabía era que aquel nombre se le había pegado a la piel y había grabado en su alma una herida de la que no se atrevía a hablar. Ni en la escuela, donde por supuesto evitaba el asunto, ni tampoco en su casa, donde nadie parecía afectado por llevar un apellido tan cómico que hacía carcajear al resto del mundo. No quería

ofender a su padre (de quien había heredado el ingrato legado) ni entristecer a su madre (que nunca había mostrado molestia alguna al respecto): Édouard había cargado la pesada losa en silencio.

Con el paso de los años, y a pesar de este espinoso asunto, Pojulebe había ido ganando seguridad. Sus notas escolares reflejaban que era un chico aplicado e inteligente, con una cierta tendencia a la reflexión. Sus profesores de literatura mencionaban sus aptitudes para el análisis y la síntesis de textos, elogiaban la corrección de sus exposiciones, e incluso leían en voz alta algunos párrafos de sus escritos. Aun así, estas pequeñas hazañas no incitaban a Pojulebe a fanfarronear. Los otros, que no dejaban pasar la más mínima ocasión de burlarse de él, deberían haberlo tomado como ejemplo.

Aislado de los juegos, Pojulebe había aprovechado su forzada soledad para observar la manera de ser de los demás y adaptar su actitud hacia ellos en función de sus conclusiones. La sobriedad de su comportamiento y la costumbre de la burla diaria habían acabado por debilitar el entusiasmo de sus compañeros, aunque Édouard habría renunciado con gusto a esta triste victoria a cambio de pasar inadvertido.

En cuanto a su familia, es curioso, pero Pojulebe tenía pocas cosas que decir. Había crecido a la sombra de unos padres modestos, serios y benevolentes. En casa nada le preocupaba. Protegido por el amor que le profesaban sus progenitores y por el orden inmutable de las cosas que reinaba en la casa, nunca había sentido la necesidad de mantenerse a la defensiva, como le ocurría en el colegio. Nada le empujaba a utilizar su perspicacia para protegerse. Los Pojulebe estaban convencidos de que su hijo había tenido una infancia feliz.

Por supuesto, en su casa no había mucho espacio para la fantasía y el humor. Allí nunca se oía una voz más alta que otra, y Édouard no recordaba haber reído ni una sola vez. Nada de frivolidades, poca fantasía y ninguna extravagancia, éstas eran las reglas estrictas en que se basaba el equilibrio del hogar.

Hijo único, Édouard era el centro de todas las atenciones. Nunca salía sin un pañuelo en su bolsillo ni sin la merienda en su cartera. En invierno, su madre le daba un montón de consejos, y lo abrigaba con una bufanda y un gorro tricotado que él se quitaba en cuanto llegaba a la esquina de la calle siguiente. Porque en su clase nadie llevaba un gorro semejante, ni siquiera en los días más fríos. Una vida familiar perfectamente reglamentada, sembrada de recomendaciones de prudencia desde su más tierna infancia, sumadas a una sólida educación clásica, habían forjado su carácter. Los años de enseñanza secundaria y universitaria transcurrieron para él sin ningún problema. Apoyado por un padre instruido, que trabajaba como documentalista en una biblioteca a las afueras de París, obtuvo sin problemas sus diplomas y no tuvo dificultad alguna, llegado el momento, para encontrar un puesto de trabajo honrado.

Pojulebe había vivido siempre cómodamente. Se alojaba en una casa con jardín, cedida por su familia, y trabajaba como administrativo en una empresa comercial. Además de su sueldo disponía de algunas rentas heredadas que le permitían vivir con desahogo y mirar al futuro sin preocupaciones. Las pocas aventuras que había vivido en su juventud no habían tenido continuidad, y su afición por la soledad y su discreción característica lo habían conducido irremediablemente a la soltería. Esta situación, sin embargo, no le había supuesto problema alguno. Édouard había optado por la soltería sin apenas planteárselo, ya que, aunque él no lo sabía, ése era sin duda su estado natural.

Estaba satisfecho con su suerte. En el despacho, su cortesía y su humor invariable eran reconocidos por sus colegas. Incluso alguna vez, debido a su carácter diplomático y conciliador, le habían pedido que intercediera en algún que otro litigio.

Los sábados, tras ordenar su casa y hacer los recados de rigor, Pojulebe aprovechaba el tiempo libre para disfrutar. Tenía la costumbre de ir al mismo restaurante todos los fines de semana. Al caer

la noche leía una novela y luego se dormía plácidamente después de doblar su ropa, cerrar los postigos y echar el cerrojo de la puerta.

No debe inferirse de todo lo expuesto que Édouard Pojulebe era un inadaptado a la vida moderna o que hubiera excluido de su entorno las nuevas vías de conocimiento. Había aprendido a valorar los nuevos medios de comunicación, disponía de televisión y ordenador con pantalla plana y había instalado wifi. Su visión del mundo había evolucionado y, aunque vivía solo, no estaba al margen de los problemas de sus contemporáneos.

Ayudado por ese bagaje de conocimientos, Pojulebe a veces alteraba sus reservadas costumbres. Tomaba entonces la palabra ante los parroquianos de un bar y se animaba a dar su opinión sobre algún tema social. En resumen, ponía en práctica, lo que era raro en él, una suerte de elocuencia. Experimentaba así el delicioso placer de ver en la mirada de los demás un signo de admiración hacia él. Cada vez que lo lograba tenía la tentación de repetir tan deleitosa experiencia, y sus sucesivos logros, reflejados en el espejo de los ojos de los demás, lo animaban a seguir. Algunas veces, cuando contaba una anécdota cómica, su audacia superaba todas sus expectativas, y las carcajadas que provocaban sus disquisiciones lo llenaban de satisfacción. No hay que decir que todo ello ocurría sólo muy de vez en cuando, fundamentalmente porque su prudencia familiar lo alertaba y le dictaba el momento de abandonar la discusión. En cuanto se olía el más mínimo peligro de conflicto se batía en retirada y renunciaba inmediatamente a sus tentativas de seducción.

Édouard Pojulebe no lamentaba aquel aislamiento voluntario que, durante toda su vida, le había impedido tener un amigo verdadero. Al contrario, su existencia, protegida de cualquier tipo de responsabilidad que implicara algún riesgo, le parecía un traje confortable, sólido y resistente al tiempo...

2

Cuanto más nos escondemos, más desagradable nos resulta ser descubiertos.

Søren Kierkegaard²

En un momento de su metódica y ordenada vida, ocurrió algo que alteró su tranquilidad cotidiana. Aquel día, Édouard salía, como de costumbre, del restaurante, cuando un hombre se acercó tambaleándose y se derrumbó sobre él. Más exactamente sobre su espalda, de modo que Pojulebe no pudo verlo venir. Como el hombre amenazaba con desplomarse del todo con su cuerpo flácido y pesado, Édouard intentó torpemente sostenerlo inclinándose hacia delante y sujetándolo con todas sus fuerzas. Finalmente pudo tenderlo en la acera poniéndole la mano derecha debajo de la cabeza para evitar que golpeará contra el suelo. Obsevó entonces la palidez de la cara y su extraña mirada. Tenía unos ojos indefinibles, sin duda grises, en cualquier caso muy claros, pero lo que más lo horrorizó es que su mirada se clavara en la suya, como si aquel hombre aterrorizado quisiera decirle algo.

Aquel insólito momento fue interrumpido por algunos curiosos: «¿Qué pasa? ¿Está enfermo? ¿Lo conoce? ¿Está borracho?». Las preguntas llegaban de todas partes. En medio del barullo, una voz se impuso sobre las otras y propuso llamar a un médico. Era el camarero del café, que, atraído por el alboroto, se había convertido en la voz cantante de la colectividad intrigada. Obtenida la aprobación general y satisfecho de su intervención, el camarero volvió a toda prisa tras el mostrador para telefonar. Los labios del desconocido tendido en el suelo murmuraron algo. Pojulebe acercó el oído. A pesar del

Manou Fuentes

bullicio que los rodeaba, oyó con claridad las palabras de aquel hombre: «No me suelte... No se preocupe... Está en mi bolsillo... ¡Sí, le digo que está en mi bolsillo!».

Justo en ese momento se oyeron las sirenas de la ambulancia y poco después los sanitarios ordenaban a la multitud que se apartara. Dos hombres de robustas manos trasladaron con delicadeza al enigmático paciente a una camilla. Entonces el hombre le agarró la mano con fuerza y le cuchicheó de nuevo: «¡Sí, le digo que está en mi bolsillo!».

Pojulebe estaba desconcertado. Tenía que tomar una decisión urgente y no sabía cuál. De pronto, mientras se cerraban las puertas rojas detrás de la camilla, se le ocurrió preguntar tímidamente, pero con la suficiente firmeza como para hacerse oír, si podía acompañar al paciente en el furgón.

—¿Es usted de la familia? —le preguntó el jefe de los sanitarios.

—No, en absoluto. Pero yo estaba presente cuando se cayó y me ha pedido que lo acompañe.

—¡No es posible, ya ve que lo están reanimando! Puede ir a verlo al hospital.

Las puertas se cerraron bruscamente, el vehículo arrancó acompañado por la estridencia de las sirenas, la multitud se dispersó y Pojulebe se quedó sin saber qué hacer. Alguien le tiraba de la manga. Era el camarero del restaurante, que, mientras comentaba lo ocurrido, le ofreció un reconstituyente. El fuego líquido en la garganta le hizo recobrar el ánimo.

—¡Cuando pienso que se ha caído justo encima de usted...!

—Hum...

—En fin, en La Pitié ya saben lo que tienen que hacer... Cuidarán de él. Una vez llevé a mi madre a Urgencias de ese hospital y la dejaron como nueva.

—¿Está en La Pitié? —preguntó Pojulebe.

— ¡Pues claro! ¿No ha oído al médico? Pues lo ha dicho bien alto: «A La Pitié, directo a Reanimación!».

Pojulebe comprendió entonces que lo ocurrido le había paralizado el cuerpo y petrificado la mente.

— ¿Ha dicho cómo se llamaba? — se apresuró a preguntar.

— Ni idea — respondió el camarero secando los vasos energicamente.

Pojulebe estaba hecho polvo. Envidiaba la vitalidad del joven que ahora tarareaba alegremente una cantinela de la radio.

— ¡Es salsa, me encanta! Voy a clases, ¿sabe usted...?

— ¿Ah, sí?, qué bien.

Pojulebe se despidió rápidamente y salió del restaurante. Necesitaba aire. El calor, el ruido de la vajilla y la música lo agobiaban. No entendía qué le estaba pasando ni por qué sentía una angustia tan profunda. ¿Qué había querido decir aquel hombre con la palabra «bolsillo»? «¡Está en mi bolsillo!» ¿Acaso no significaba esta expresión que la partida estaba ganada o que todo estaba atado y bien atado? ¿Por qué le había dicho aquel hombre que no se preocupara, como sugiriéndole que mantuviera la sangre fría? ¿Estaba él mismo, Édouard, metido en algún asunto sospechoso que ignoraba? El desconocido también le había rogado que no lo soltase. Pero él lo había abandonado a su suerte en contra de su voluntad.

Pojulebe no podía olvidarse del asunto. Ningún otro acontecimiento lo había marcado tanto. Recordaba la salida del restaurante... la conmoción... el desplome del cuerpo... la mirada fija en sus ojos. Las palabras fatídicas resonaban en su cabeza: «¡No me suelte... No se preocupe... Está en mi bolsillo... Sí, le digo que está en el bolsillo!».

Las palabras del camarero, habitualmente poco acertadas, también lo perseguían. ¿No había dicho tras el incidente «¡ha tenido que caerse justo encima de usted!» o algo parecido? Y la palabra Pitié, ¿por qué vibraba sin cesar en su alma como un mal presagio del destino?

Manou Fuentes

Pojulebe se apresuró a volver a su casa para alejarse del lamentable suceso, cuyo significado y repercusión era incapaz de comprender. ¿Por qué aquel hombre le había dirigido una mirada suplicante? ¿Temía ir solo al hospital? ¿O tenía miedo de otra cosa? Después de darle algunas vueltas al asunto, Pojulebe consiguió calmarse un poco. A fin de cuentas, ¿no era cierto que el desconocido había podido contar con la eficacia de los servicios de urgencias, que habían acudido con gran rapidez? ¿Sin duda había sido un simple desmayo pasajero! Y en todo caso, aunque el desconocido acabara muriéndose... ¡tampoco iba a ser el primero ni el último!

3

Estaba atónito de sorpresa, en un abismo de asombro.

Anatole France³

Tumbado en su cama, Édouard revivía el misterioso episodio y sentía que su oscura confusión se agrandaba. Quería tranquilizarse. Tenía que reconocer que jamás las palabras y la mirada de un ser humano lo habían afectado tan profundamente. No obstante, lo inconcebible estaba ahí, adherido a él, nunca había vivido algo parecido ni en su alma ni en sus carnes. Édouard buscaba una palabra para describirlo, «pavor», «agobio», «angustia», «espanto», sin acabar de encontrar la más adecuada. Todas le parecían apropiadas para su nuevo estado. Con la esperanza de que se esfumara aquel recuerdo funesto, así como sus males imaginarios, valientemente volvió al trabajo y a su rutina.

Los días pasaban y nada se atenuaba. Dormía intranquilo, tenía pesadillas, digería más lentamente la comida y se veía obligado a comer con frugalidad incluso los sábados. De hecho, a pesar de que le daba vueltas al asunto incansablemente, no encontraba ninguna explicación racional que justificara ese oscuro desasosiego. No podía dejar de pensar en ello.

De acuerdo, ese tipo lo había atormentado con la historia del bolsillo. De acuerdo, él lo había abandonado a su suerte en el furgón. Pero de esos dos episodios él no se sentía culpable. Édouard no sabía qué hacer, y no tenía a ningún confidente con quien compartir su inquietud. A pesar de que su espíritu estaba en desorden y su cuerpo descompuesto, tomó la firme decisión de que no se le notara nada.

Haciéndose el fuerte tanto en su puesto de trabajo como en el restaurante, nadie se percató de su malestar. Por curioso que pudiera parecer, el hecho de estar tan intensamente afectado sin que nadie se diera cuenta le dio un punto de vista inesperado sobre el mundo. Desde esa perspectiva inédita, su asombro iba creciendo. Édouard veía ahora a los humanos como canicas engrasadas atrapadas en un invisible tarro cósmico. ¡Un verdadero baile de locos! Esas incontables moléculas parecían trotar, rodar, chocar sin orden ni concierto, cual virtuosas acróbatas. ¡Qué extraña danza para su nueva mirada! En esta rara pista de baile, algunas de esas canicas, no se sabe muy bien por qué, tal vez cansadas por el desorden o presas de una modalidad inesperada, vacilaban un instante antes de lanzarse al vacío. Hoy era su turno: resbalar por las paredes, caer hasta el fondo del tarro sin ninguna rama a la que agarrarse para atenuar el impacto del choque.

Édouard nunca había sufrido uno de esos aparatosos tropiezos en el pasado. Combinando equilibrio y destreza, sin duda favorecido por la providencia, había esquivado hábilmente a la multitud abarrotada de los otros bailarines moleculares. Hoy, sin encontrar ningún recodo, dislocado, resbalaba hacia el fondo de su caparazón roto. Olvidado. Perdido. El resto del mundo, aparentemente intacto, obstinado en su incoherente coreografía, seguía gesticulando sin él... Pojulebe descubría hasta qué punto, igual que los demás, se había tapado los ojos para ignorar los infortunios de sus vecinos. Sobre todo no enterarse de sus desgracias, ése era su confortable lema vital. ¿Qué tenía que pensar? ¿Qué debía hacer? ¿Hacia dónde convenía dirigirse para resolver su problema? Soplar... Volver a respirar... Actuar metódicamente, en silencio, paso a paso. Ésta era una técnica contrastada experimentalmente que siempre le había dado resultado. Estudiar el fenómeno sin miedo... Buscar un camino transitable... Encontrar el hilo perdido de su sensatez... Édouard había eliminado pacientemente las hipótesis irracionales que lo hacían responsable del hombre que cayó en sus brazos. No estaba en

absoluto implicado en el asunto y le preocupaba comprender por qué esa caída le había generado tal zozobra. ¿Cómo podía entender lo que pasaba? ¿Acaso las extrañas palabras del desconocido lo habían despojado de su armadura infalible y habían avivado algo que dormitaba en él? Pero ¿qué? ¿O es que lo que no iba bien era su manera de tomarse las cosas?

Sentado en el sillón de su despacho, Édouard miraba las pesadas estanterías de la biblioteca familiar. A pesar de la educación clásica que le había proporcionado su padre, nunca había tenido el deseo de cultivar un jardín literario. Siempre se había conformado con los periódicos y con algunas novelas ligeras o policíacas. Édouard se decidió a levantar su pesado cuerpo y a dar una vuelta por la librería abandonada. Las obras venerables, abandonadas, estaban allí desde hacía lustros, sin haberse movido ni un ápice, derechas sobre su pedestal de madera, orgullosas de ser al fin el objeto de una nueva mirada. ¿Qué hacían en su casa aquellos objetos inútiles para él? ¿Por qué los había conservado? ¿Pues no parecía ahora que eran ellos quienes lo miraban a «él»? Dolorosamente consciente de sí mismo, Édouard iba y venía a lo largo de la habitación, ahondando en sus recuerdos. Su situación presente le recordaba algo... Un libro... Una lectura angustiosa. Lentamente, la idea iba subiendo a su espíritu como un cubo lleno de agua que sube de un pozo.

El recuerdo le sobrevino de repente con la nitidez de un cristal: ¿no era el tenebroso Roquentin, el héroe de Sartre en *La Náusea*, quien había dejado en él la huella que estaba buscando? El asco de ese hombre que vivía solo, sin hablar con nadie, ¿acaso no había nacido de la lectura de estos objetos que tenía ahora frente a él? Édouard recordaba claramente la atmósfera extraña de aquel libro oscuro que había leído en su juventud. Un desánimo desconocido, felizmente breve, se había instalado en la punta de su nariz después de leerlo. Édouard se había jurado no volver a frecuentar a ese anti-héroe lanzado por desgracia al mundo.

Manou Fuentes

Pero hoy, visto que su estado era tan deplorable como el de Antoine Roquentin, ¿no era acaso el momento idóneo para sumergirse en libros más profundos que las interminables sagas a las que era tan aficionado? Si esos libros describían tan bien las angustias de la existencia, ¿no serían el modo de descubrirle algo de sí mismo y de mostrarle un posible camino?

4

De vez en cuando conviene ser pesimista, eso evita un sueño prolongado.

François Mitterand⁴

Entonces, con aprensión, Édouard se puso a buscar en las estanterías aquellas obras olvidadas. Nunca hasta entonces se le había ocurrido abrir ni una sola de ellas. Sin saber por dónde empezar decidió hojear tres o cuatro. De autores conocidos... grandes autores... Algo atrajo inmediatamente su atención: en cada uno de esos libros había algunos párrafos subrayados a lápiz... Édouard, sorprendido, sin poder apartar los ojos, concentró su atención en esas líneas.

Søren Kierkegaard (*Tratado de la desesperación*):

Como no hay personas enteramente sanas, al decir de los doctores, podría también decirse, conociendo bien al hombre, que no existe ningún individuo exento de desesperación en cuyo fondo no habite una inquietud, una perturbación, una desarmonía, un temor a algo desconocido o a algo que no se atreve a conocer, un temor a una eventualidad externa o un temor a sí mismo...⁵

Albert Camus (*La caída*):

Tuve también algún problema de salud. Nada específico, algo parecido al decaimiento, y puede que alguna dificultad para volver a encontrar mi buen humor. Vi a médicos que me recetaron reconstituyentes. Me recuperaba y luego volvía a recaer.⁶

Manou Fuentes

Jean Paul Sartre (*La náusea*):

En este mismo instante —es horroroso—, si existo es porque tengo horror a existir (...). Los pensamientos nacen detrás de mí como un vértigo. Los siento nacer detrás de mi cabeza... si cedo, ellos se colocan delante, entre mis ojos, y cedo siempre, el pensamiento crece, crece y ya está aquí, inmenso, me llena por completo (...). Yo soy, yo existo, yo pienso luego existo: existo porque pienso, ¿por qué pienso? ¡Ya no quiero pensar, existo porque pienso que no quiero existir... porque... Puag!⁷

¡Exactamente lo que temía! ¡Era exactamente él, en este preciso instante! Édouard no habría encontrado las palabras para expresarlo, pero al igual que estos escritores él sentía el vértigo, la desesperación de vivir y también la angustia de estar obligado por primera vez a pensarlo. ¡Él, un individuo común, sufría las mismas sensaciones que esos príncipes del absurdo! ¡Absurdo! Ésa era la palabra que buscaba. Como ellos, estaba lleno de lagunas insondables que devoraban las certezas, lleno de caminos de interrogantes en los que temía aventurarse. Igual que ellos, se sentía al borde del abismo...

Édouard estuvo mucho tiempo consultando esos libros repletos de melancolía y tristeza con la esperanza de encontrar alguna explicación, alguna solución a su problema. Leía, releía, volvía atrás, tomaba notas... A medida que hojeaba aquellas obras, comprendía lo ingenua y estúpida que era su iniciativa. Había demasiadas cosas. No comprendía nada. Édouard era consciente de que no encontraría en esa lectura superficial de una sola noche más que una ínfima parte de la condición humana, y entendió que sólo tendría éxito en una cosa: en medir la magnitud de su ignorancia. ¡Necesitaría una vida entera!

Ante aquella ingente tarea y la estupidez de su esperanza, sintió

una mezcla de torpeza y de rabia. ¡Esa clase de tarea no estaba hecha para él! Su sentido común le hacía sospechar que en esos autores había una cierta complacencia con la desgracia. ¿Acaso era normal pasarse toda una vida elaborando confusas elucubraciones, oscuras controversias indemostrables, para exhibirlas en obras monumentales? ¡Las personas normales viven, comen y trabajan, sin reflejar sus estados de ánimo en páginas interminables!

Édouard tenía que rendirse a la evidencia: alguien se había tomado la molestia, tiempo atrás, de subrayar aquellas funestas frases. Enamorado de la literatura, su padre siempre tenía en la mano algún libro, periódico o diccionario. Sin duda había sido él, y no su madre, quien había dejado la huella de aquellos insistentes subrayados a lápiz. Poco curiosa en los asuntos del espíritu, su madre nunca se interesaba por los títulos ni, mucho menos, por los contenidos de las obras que centraban la atención de su marido. Empeñada a diario en las tareas domésticas, pasaba de una labor a otra sin demostrar jamás, en ningún momento, sus emociones. Para Édouard, no había ningún indicio de que su madre quisiera expresarse, ni de que *escribiera negro sobre blanco*.

Pero, pensándolo mejor, ¿no había visto alguna vez una lágrima en su ojos secada ágilmente con el dorso de la mano? «Es la cebolla —decía ella—, mira, pon la nariz aquí encima.» Los ojos empezaban a escocerle, y Édouard lloraba verdaderas lágrimas ficticias que resbalaban por sus mejillas. «¿Has visto? No te frotes los ojos con los dedos, te escocería aún más.» Entonces ella se reía secándose sus mejillas con el borde de un trapo de cocina. «Vete a hacer los deberes, que ya es hora...», y Édouard se marchaba tranquilo.

Su padre, su madre... es como si estuvieran presentes en esa habitación. ¿Por qué su padre había subrayado su desasosiego con lápiz gris y su madre había reprimido sus lágrimas en los párpados? ¿Acaso se escondían el uno al otro sus penas secretas? ¿No se querían tanto como él había supuesto? La sospecha de aquel insidioso

Manou Fuentes

tormento familiar se sumaba ahora al extraño malestar que, desde hacía días, intentaba disipar. Su vértigo se fortalecía. Éste era el resultado de su insensata aventura intelectual: abrir bajo sus pies caminos de angustia inadvertida. Preso de una súbita rabia, Édouard cerró, uno tras otro, los libros desplegados ante él. Su investigación existencial literaria había sido de corto recorrido, y acababa en una nube de polvo seguida de una serie de estornudos.

Y a pesar de aquellos estornudos y de la obligación instantánea de sonarse, ¡su viril reacción le había sentado tan bien! ¡Maldita sea, lo que necesitaba eran soluciones sanas, y no vanas descripciones de escritores neuróticos cuya principal vocación consistía en envenenar a sus lectores! Antes de este nocivo encuentro, ¿no estaba él perfectamente bien? Agotado, Édouard decidió que al día siguiente consultaría con un médico. Y esta decisión hizo que se durmiera inmediatamente.

5

DON JUAN: ¿Y tú les has respondido que no sabes nada?

ESGANAREL (*vestido de médico*): ¿Yo? ¡En absoluto! He querido salvar el honor del traje que llevo. He discutido sobre cada enfermedad y le he dado a cada uno su receta.

Molière⁸

Se sumerge en las Páginas Amarillas. Édouard hojea, busca, anota... La actividad lo anima. En cualquier caso es mejor que saber si la existencia precede a la esencia o si Kant planteó correctamente la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.⁹ ¡Cómo le gustaría consultar a su viejo médico de familia con su raído maletín! Édouard, cuando era niño, repetía de corrillo las pociones mágicas que guardaba en él: el jarabe del Doctor Manceau, la loción de juventud del Abad Soury, el aceite de alcanfor, el yodo de árnica... Esas cosas de las que hoy no se acuerda nadie. A Édouard, de pequeño, ¡le encantaba estar enfermo!

Pero el médico ya no está, el niño que fue, tampoco, y su estado lo inquieta. ¿Qué debía hacer? ¿Un psiquiatra? ¡Jamás en la vida! De acuerdo, tiene el ánimo por los suelos... En cualquier caso ¡no está loco! ¡No, lo que ahora necesita, casi con urgencia, es un doctor bonachón y tranquilizador como el de su niñez!

Édouard pasa las páginas del listín con ansiedad... ¡Seguro que encuentra a alguien en el barrio! ¿Cómo elegir entre el doctor Abelard, el primero de las A, y el doctor Zoengrigen, el último de las Z? Los apellidos desfilan: Duclos, Deforge, García, Leandri... «Mira,